

El “problema” de los trabajadores en un emprendimiento minero del oeste catamarqueño (segunda mitad del siglo XIX). Aportes desde un *corpus* documental poco conocido

The “issue” of the workers in a mining company at Western Catamarca (second half of XIX century). Contributions from a little-known documentary corpus

Lorena B. Rodríguez*

Resumen

Entre los proyectos mineros que se pusieron en marcha a mediados del siglo XIX en el oeste catamarqueño se destaca el establecido por la Casa Lafone que, dedicado fundamentalmente a la explotación de cobre y asociado además a actividades agrícola-ganaderas, vitivinícolas y artesanales, incorporó innovaciones tecnológicas y concentró una gran cantidad de trabajadores. En este trabajo analizaremos la actividad minera de dicha empresa, atendiendo especialmente a las dinámicas de relación que se establecieron entre quienes allí trabajaron. Asimismo, pretendemos hacer foco en las percepciones que sobre ellos pesaron y el posible impacto que las marcas de la alteridad étnica—que hipotetizamos seguían en vigencia desde tiempos coloniales—tuvieron en el devenir de esas relaciones socio-laborales y, más específicamente, en las prácticas de captación, control y disciplinamiento.

Abstract

Among the mining projects that were launched in the mid-nineteenth century in the West of Catamarca, stands out the one established by Casa Lafone, which, mainly dedicated to the exploitation of copper and associated with agricultural-livestock, wine and craft activities, incorporated technology innovations and concentrated a large number of workers. In this work we will analyze the mining activity of this company, paying particular attention to the relationship dynamics that were established among those who worked there. Likewise, we intend to focus on the perceptions that weighed on them and the possible impact that the marks of ethnic alterity—which we hypothesized were still valid since colonial times—had in the evolution of those socio-labor relationships and, more specifically, in the recruitment, control and discipline practices. From this reduced scale analysis, we seek to contribute

* Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Puán 480, 4^{to} piso, of. 405, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C1406AKC), ARGENTINA. Correo electrónico: [rodriguezlo@hotmail.com].

A partir de este análisis de escala reducida, buscamos aportar a la reflexión en torno a un problema extendido por aquellos años: la declarada “escasez de brazos”. A tal fin, además de consultar fuentes editadas nos concentraremos en el análisis de un corpus documental inédito y poco conocido depositado en el Archivo Histórico de Tucumán: las cartas enviadas por uno de los administradores de la empresa a su dueño.

Palabras clave: Minería; Oeste catamarqueño; Siglo XIX; Casa Lafone; Trabajadores.

to the reflection around a problem extended by those years: the declared “shortage of workers”. To this end, in addition to consulting edited sources, we will concentrate on the analysis of an unpublished and little-known documentary corpus deposited in the Historical Archive of Tucumán: the letters sent by one of the company’s administrators to its owner.

Keywords: Mining; Western Catamarca; 19th century; Casa Lafone; Workers.

Introducción¹

Varios emprendimientos mineros –de diferentes escalas, características y con intermitencias– se desarrollaron en el actual Noroeste Argentino desde el período colonial hasta el presente. Hacia mediados del siglo XIX la minería fungió, una vez más, como una actividad prometedora que según las elites políticas e intelectuales del momento traería definitivamente el “progreso” a la región. Entre los proyectos mineros que se pusieron en marcha en dicho período se destacan aquellos desarrollados en el oeste de la actual provincia de Catamarca, llamado por aquel entonces el “emporio minero” (Campi, 2000) y, en particular, el establecido por la Casa Lafone. Samuel Fisher Lafone y luego su hijo Samuel Lafone Quevedo se dedicaron –desde mediados del siglo XIX– a la explotación del cobre en la sierra de Capillitas (principalmente de la mina conocida como La Restauradora), primero procesando el mineral en dos ingenios instalados en lo que hoy conforma el departamento de Santa María (ingenios de Ampajango y Victoria, ubicados a 55 y 85 km respectivamente de los yacimientos) y posteriormente en Ingenio de El Pilciao en Andalgalá ubicado a 60 km de las minas (González, 2014; Rojas, 2013; Salvatierra, 1965).

Este complejo minero (integrado por la mina y el ingenio), que estaba asociado además a actividades agrícola-ganaderas, vitivinícolas y artesanales incorporó innovaciones tecnológicas, produjo un importante volumen de cobre para exportar y concentró una gran cantidad de trabajadores, impactando –según Alderete (2004)– en la economía y en la demografía locales. Funcionó, sin embargo, sólo hasta fines del siglo XIX, cuando el contexto internacional (baja del precio del cobre), el nacional-regional (transformación del modelo productivo fundamentalmente orientado a la agroindustria del azúcar) y el local (agotamiento de los bosques de algarrobo para fundir el metal, falta de buenos caminos, retraso en la llegada del ferrocarril a la zona, problemas técnicos y conflictos con los trabajadores) coadyuvaron para que este emprendimiento llegara a su fin (Delfino, Dupuy & Quesada, 2014).

Al día de hoy disponemos de un caudal importante de información sobre el desarrollo minero en la región. En especial, los recientes abordajes enfocados en los cambios técnicos y productivos introducidos en la segunda mitad del siglo XIX, la transformación del paisaje local y el impacto que esto supuso no sólo a nivel ambiental sino también para quienes allí vivieron y trabajaron o bien nuevas interpretaciones sobre las crisis mineras de la época (Delfino et al., 2014; González, 2014; Rojas, 2013; Rojas & Wagner, 2017) han contribuido a echar luz sobre una actividad que, quizás por la dimensión que adquirió la posterior especialización azucarera de la región o la producción pampeana de bienes primarios para

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en la 13^o Reunión de Historiadores de la Minería Latinoamericana, Buenos Aires 4 al 7 de abril de 2017.

exportación, había sido considerada –tanto por quienes lideraron los destinos del país en aquellos años como por la ulterior historiografía– como secundaria.

A partir de estos estudios y entendiendo que todavía restan muchas aristas por conocer y problematizar (en especial en torno a la mano de obra que trabajó en estos emprendimientos, sus condiciones laborales y cotidianidad), en este artículo buscamos analizar la actividad minera de la casa Lafone durante la segunda mitad del siglo XIX atendiendo especialmente a las dinámicas de relación que se establecieron entre quienes allí trabajaron y vivieron, comenzando a caracterizar sus perfiles y a diferenciar sus roles. Asimismo, pretendemos hacer foco en las percepciones que sobre ellos pesaban y el posible impacto que las marcas de la alteridad étnica –que hipotizamos seguían en vigencia desde tiempos coloniales– tuvieron en el devenir de las relaciones socio-laborales y, más específicamente, en las prácticas de captación, control y disciplinamiento de los trabajadores. Pretendemos, a partir de este análisis de escala reducida, aportar a la reflexión en torno a un problema extendido por aquellos años: la declarada “escasez de brazos”.

A tal fin, además de consultar fuentes editadas (informes técnicos, de viajeros, memorias descriptivas de la época, censos de población, etc.) nos concentraremos en el análisis de un corpus documental inédito y poco conocido: las cartas que enviaba Juan Heller –una suerte de administrador– al dueño de la empresa u otros agentes, que se encuentra depositado en el Archivo Histórico de Tucumán y que se ha catalogado como “Juan Heller. Cartas del Libro Copiador”. Este corpus, que hasta donde sabemos ha sido analizado solamente por la historiadora Sara Peña de Bascary (1976, 1978, 1980, 2014), refleja diversos aspectos del funcionamiento y administración del establecimiento, las tareas y los desafíos enfrentados, las relaciones con diversos actores sociales, los modos en que se imponían nuevas reglas, los prejuicios sobre los pobladores del lugar y los conflictos que se desataban con ellos. Es decir, que se trata de una rica y extraordinaria fuente que, si bien filtrada por los intereses, expectativas e ideales de los empresarios mineros, nos acerca desde otro ángulo a la minería en el oeste catamarqueño, permitiéndonos –a partir de su análisis y posterior compulsión con otros documentos– aportar datos en torno a la cotidianidad de los trabajadores y problematizar diversos aspectos relativos al laboreo minero en tiempos en que los discursos de modernización y progreso cimentaban la organización del trabajo.

Contextualización general, de la minería en Catamarca y del emprendimiento de Lafone

Hacia mediados del siglo XIX comenzó el proceso de fortalecimiento de Argentina como una nación pues se produjo el afianzamiento del orden institucional de la república unificada (Romero, 1993), un orden que igualmente no era todavía totalmente estable. En términos generales, podemos decir que el período se caracterizó por estar sentado en los lineamientos de un orden liberal que buscaba la inserción del país en la economía mundial,

fundamentalmente a partir de un modelo agroexportador cuyo epicentro estaba en la zona de la Pampa húmeda y cuya implementación impactaría de maneras diferentes en las economías regionales: algunas provincias del Noroeste Argentino con el azúcar y de Cuyo con el vino, por ejemplo, lograron posteriormente negociar condiciones especiales para vincularse al modelo, aunque orientadas al mercado interno (Campi & Richard-Jorba, 2004).

Como señala Bonaudo (1999), el liberalismo en el que se pretendió refundar la sociedad del siglo XIX, tenía como uno de sus desafíos dar contenido a la idea de "progreso". En ese marco, el ramo minero se representará como una gran oportunidad; especialmente para provincias como Catamarca o La Rioja que –según destacan Rojas & Wagner (2017)– constituían espacios periféricos no sólo en comparación con el desarrollo histórico minero de países como Chile y Bolivia sino también porque las políticas de modernización agropecuarias que se desplegarían en el litoral, Tucumán o Mendoza en la segunda mitad del siglo XIX no se aplicarían en aquellos territorios.

En Catamarca y especialmente en la zona de Capillitas (un rico depósito de minerales de cobre, con leyes variables de oro y plata, ubicados en el oeste de la provincia a 3000 msnm) se habían desarrollado algunos proyectos mineros previamente (ver al respecto Delfino et al., 2014). Sin embargo, será recién en la segunda mitad del siglo XIX que la explotación minera alcanzará mayor intensidad, especialmente –como resalta Espeche (1875)– con empresas como La Rosario de Anselmo Segura, Adolfo Carranza y Samuel y Mardoqueo Molina y la de Samuel Fisher Lafone sobre la que aquí nos centramos.² Este último empresario de origen inglés, que se había radicado en Buenos Aires en 1825 (aunque prontamente se trasladaría a Montevideo), desarrolló múltiples actividades y negocios (comercio de exportación de cueros, instalación de saladero, compra y venta de tierras) hasta que finalmente se dedicó a la minería (Mariani, 2009). En los primeros años de la década de 1850 formó una sociedad con Marcelino Augier y Manuel Malbrán para reactivar las minas catamarqueñas de la sierra de Capillitas, adquiriendo en 1856 la mina Restauradora a los señores Porto, Madrid y Figueroa (Catalano, 2004; Furlong, 1964; Lafone Quevedo, 1894).

Como describe González (2014), la extracción de los minerales era sólo una parte del proceso productivo en el que se articulaba una instalación fija (la mina) con otra móvil (el ingenio) que se unían gracias a una extensa red de transporte (mulas principalmente). Según vimos ya, Fisher Lafone en los primeros tiempos fundió metales en lejanos ingenios: de la mina Santa Clara en el ingenio de Ampajango (en sociedad con Augier) y de la mina

² Tal como señala De Moussy, a mediados del siglo XIX, una importante cantidad de personas denunciaron minas y comenzaron su explotación. En sus palabras: "*qu'à la fin de 1854 il y avait déjà cent quarante-trois mines dénoncées et dont la concession avait été faite, et qu'en juillet 1857 ce nombre s'élevait à deux cent soixante dix'huit*" (De Moussy, 1860, p.415).

Restauradora en el denominado Victoria, ubicados ambos en el departamento de Santa María en donde contaba con abundante madera que era fundamental como combustible. Más tarde la empresa de Fisher Lafone adquirió en el departamento de Andalgalá una propiedad denominada Balde de la Carpintería ó de Don Fabián que su hijo, y futura cabeza del emprendimiento –Samuel Lafone Quevedo³–, rebautizó como Pilciao⁴ y a donde a partir de 1860 se trasladaría definitivamente la fundición de los minerales de La Restauradora, más cercano a los yacimientos de Capillitas y con acceso al bosque de Algarrobos que proveería de combustible a la empresa para procesar el mineral.

Justamente por esa época (1859), Samuel Lafone Quevedo que acababa de regresar de su formación en Cambridge (*Master of Arts*) se hizo cargo de la empresa familiar; aunque –como veremos más adelante con mayor detalle– quien efectivamente habría estado al frente de la administración y organización del proyecto durante los primeros años habría sido Juan Heller⁵ (al menos hasta 1872), mientras que Federico Schickendantz⁶ se habría encargado de la parte técnica.

Según señala el propio Lafone Quevedo (1894), a principios de la década de 1890 la minería en Capillitas recibió duros golpes y la empresa familiar, luego de más de 30 años en funcionamiento, dejó de producir y procesar en el ingenio de Pilciao. En 1902, una minera de capital inglés –la “Capillitas Copper Company”– adquirió todas las minas de la zona y se hizo cargo de los antiguos ingenios (Alderete, 2004). Una nueva etapa en la minería de Catamarca comenzaba, aunque su futuro inmediato tampoco sería promisorio pues a los pocos años los trabajos serían abandonados.

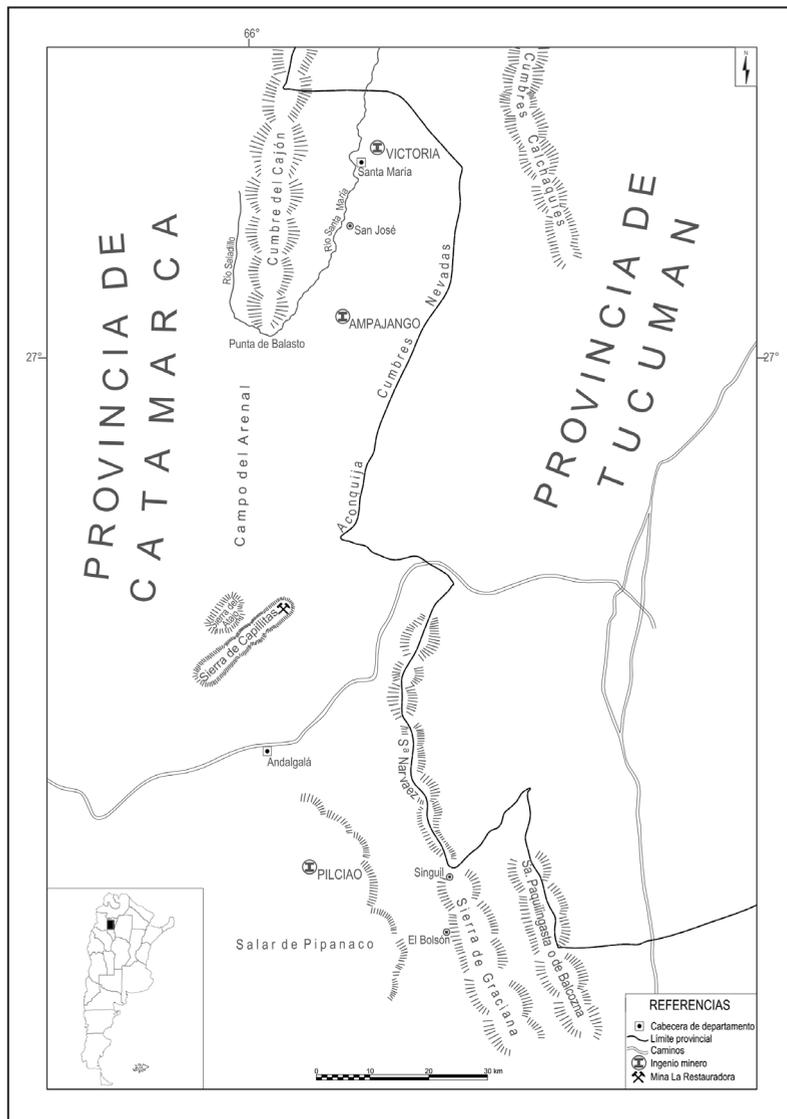
³ Samuel Lafone Quevedo nació en Uruguay (Montevideo) el 28 de febrero de 1835. Aunque uruguayo por nacimiento, pasó gran parte de su vida en la provincia de Catamarca. Allí, entre emprendimientos mineros y viajes de exploración, comenzó la tarea de coleccionar datos arqueológicos, lingüísticos y folklóricos, constituyéndose posteriormente en un reconocido académico del campo antropológico argentino. Existen numerosos trabajos que aportan al conocimiento de esta figura y sus diferentes aristas y perfiles. Al respecto véase, por ejemplo, Boman (1922), Cabrera (1943), Márquez Miranda (1958), Furlong (1964), Peña de Bascary (1978), Haber & Delfino (1996), Farro (2013), entre otros.

⁴ “Yo soy el autor de la ortografía Pilciao, cuando restauré á este pago su antiguo nombre. La propiedad fué adquirida bajo el nombre de Balde de la Carpintería ó de Don Fabián, que así se llamaba nuestro vendedor” (Lafone Quevedo, 1898, p.XLI).

⁵ Juan Heller Johanssen, nació en 1828 en Schleswig-Holstein (Dinamarca) y fue oficial de marina mercante, profesión por la cual llegó a Uruguay. Allí conoció a Fisher Lafone, entablado luego una relación laboral que lo llevaría al emprendimiento catamarqueño y a partir de la cual trabaría una larga relación con Samuel Lafone Quevedo. Hacia 1872 se estableció en Tucumán y fue uno de los socios propietarios (también junto a Lafone) del ingenio azucarero de La Trinidad (Peña de Bascary, 1976).

⁶ Federico Schickendantz nació en Baviera Renana (El Palatinado) el 15 de febrero de 1837. Se había formado como químico y en calidad de metalurgo fue contratado alrededor de 1861 por la empresa Lafone para desempeñarse en la parte técnica. Además de los aportes que hizo a esta empresa, realizó estudios de la flora local, fue docente en el Colegio Nacional y director de la Escuela Agronómica de Tucumán, entre otras muchas tareas (Peña de Bascary, 1980, 2014).

Figura 1: Ubicación general de las localidades mencionadas en el texto



Fuente: Antonio M. Correa – Nuevo mapa de Tucumán 1910. Elaborado por Geol. Ernesto Rodríguez Lascano. Laboratorio de cartografía digital del Instituto Superior de Estudios Sociales, ISES (UNT-CONICET)

Las cartas de Heller: caracterización y datos generales que aporta

El corpus principal sobre el que nos basaremos en este trabajo reúne algunos de los libros copiadores de las cartas que enviaba Juan Heller y que mayormente referían al emprendimiento minero. Hasta el momento hay noticia de 10 libros copiadores de los cuales sólo tres están hoy disponibles y transcritos en el Archivo Histórico de Tucumán,⁷ gracias a la donación que la nieta de Heller, doña Mercedes Rougés Heller, hiciera a Carlos Páez de la Torre (h) quien luego los depositara en el Archivo. Los libros restantes se encuentran perdidos al día de hoy.⁸

De los tres libros disponibles, en esta oportunidad nos centraremos sólo el primero⁹ ya que es el que contiene información sobre el emprendimiento minero de Capillitas y el ingenio de procesamiento de Pilciao. El mismo se inicia con una carta fechada el 18 de octubre de 1862 en Santa María, en donde aún funcionaba el ingenio Victoria (aunque en su etapa final, pues ya estaba casi desarticulado),¹⁰ para luego —a partir de mediados de 1863— escribir principalmente desde Pilciao a donde, como administrador, tenía su residencia Heller. Finaliza con una carta del 22 de mayo de 1870. Así, el libro nos ofrece un acercamiento a los primeros años del emprendimiento. El principal destinatario de las cartas es Samuel Lafone Quevedo —“Samuelito” por aquellos años— quien buena parte del tiempo en que se escribieron esas misivas se encontraba en Liverpool, Inglaterra (un tema de reproche por parte de Heller que insiste a Lafone en que debe volver y hacerse cargo de los trabajos).¹¹

En términos globales, podemos decir que en las más de 500 fojas del primer Libro Heller va dándonos cuenta de diversos temas. Los años en que el emprendimiento se

⁷ Archivo Histórico de Tucumán (en adelante AHT), “Juan Heller. Cartas del Libro Copiador desde 18/10/1862 hasta 22/05/1870. 501 fs.”; “Juan Heller. Cartas del Libro Copiador desde 05/1887 hasta 05/1888 504 fs.” y “Juan Heller. Cartas del Libro Copiador desde 05/1891 hasta 10/1891. 496 fs.” La transcripción es de María Isabel Casanova de Giovanniello, personal del Archivo.

⁸ Sara Peña de Bascary, comunicación personal 2016.

⁹ Los otros dos libros disponibles se refieren mayormente al ingenio azucarero en el que se encontraban comprometidos Heller y Lafone desde el año 1872.

¹⁰ “Don Samuelito está en el Fuerte y yo siempre en Sta. María, donde los trabajos ya están muy reducidos. Estoy fundiendo con ese horno hasta el último que queda, y solamente hay 15 cajones en cancha con un resto de los planos de San Carlos y Cafayate, que verá están colocados, pero no ha dado el cobre que calculábamos y con mucho gasto. En Pilciao todo va bien”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 25/2/1863, f. 7.

¹¹ “Ya me parece que entre chanzas y de veras nos están embrollando su regreso a ésta. Yo ya no creo en su venida hasta que nos veamos; pero sea como fuera no debe V. dejar de venir a lo menos por algún tiempo, para que arreglemos todos los asuntos y negocios pendientes”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 21/11/1866, f. 123.

pone en marcha son tumultuosos en Catamarca,¹² así es como Heller en muchas de sus cartas hace referencia a la situación política desde una postura muy crítica. Lo interesante es que cuando se refiere a esos temas lo escribe en inglés, probablemente por temor a que esas cartas cayeran en manos incorrectas; aspecto que también nos da una idea del complejo contexto.

Algo similar ocurre con el cura del Fuerte de Andalgalá al que Heller en sus cartas llama "San Pedro Mártir". Es decir, Heller habla de él (por lo general en tono de mofa o fastidio) pero sin mencionar su nombre verdadero¹³ ni dar detalles de los conflictos puestos en juego. En realidad, es importante notar que más allá del problema puntual con el cura, se observa en las cartas una visión muy negativa sobre la religión católica, causa –según Heller–¹⁴ de los "atrasos del pueblo". Una representación que, por otra parte y como veremos más adelante, pareciera entrar en contradicción con la devoción que años después caracterizará a Lafone Quevedo en relación con la religión católica y especialmente para con la Virgen del Valle.

Uno de los temas sobre los que aporta la fuente son las diversas actividades que la empresa desarrollaba, ya sean vinculadas a, o independientes del ramo minero. Por ejemplo, en diferentes cartas Heller le informa a Lafone las posibilidades de compra de distintos terrenos que van apareciendo en la zona: potreros (como por ejemplo el de Huazán, antiguo mayorazgo en plena desvinculación,¹⁵ en donde se producía buena alfalfa) para invernar animales de carga indispensables para el fleteo comercial, el traslado del mineral o de la leña o, inclusive, para carnearlos (principalmente bueyes). También da cuenta de

¹² Entre 1861 y 1868, como consecuencia de los sucesos que enfrentaron a la Confederación argentina con el estado de Buenos Aires (federalismo vs. unitarismo), se abrió en Catamarca una conflictiva etapa de guerra civil que fue conocida como la "noche de los siete años" en la que se sucedieron gobernadores, interventores, caudillos, revoluciones y motines (Bazán, 1996). A estos años justamente se refiere Heller en sus cartas: "*Here we are now in civil war. The whole province is in arms against the government. I have been a witness to many revolutions in these countries; but never seen any so general as this present; which proven the unpopularity of the government. This must fall*". AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 3/7/1866, f. 73.

¹³ Probablemente se trate del presbítero Pedro M. Oviedo quien, como señala Soria (en Larrouy y Soria, 1921), sirvió en el curato de Andalgalá por cuatro lustros en los años en que Heller escribe las cartas referidas.

¹⁴ Heller se declara en sus cartas "no católico" (hereje se autodenomina en tono jocoso) y por tanto, aunque involucrado en el tema, con poco derecho para intervenir directamente en el conflicto. "Compadre Carranza está muy bravo, todavía no ha llegado pero escribe a Mercado recomendando el asunto y que me pidan a mí que les ayude con mi parte; lo que haré pero sin dar la cara [...] siento en este caso no ser católico, entonces sí me pondría en la primera fila para el ataque". AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, Pilciao, 23/10/1869, f. 326.

¹⁵ Para más información sobre este tema véase Boixadós y Rodríguez (2016).

la compra de fincas productoras de vino y aguardiente.¹⁶ Entre éstas últimas se destaca la Finca del Fuerte que aunque daba dolores de cabeza a Heller parecía rendir sus frutos.¹⁷

La empresa tenía su propia carpintería en donde se construían las carretas necesarias para el fleteo u otro tipo de objetos asociados al trabajo en la mina aunque también destinada a la fabricación de muebles varios para la casa principal o el laboratorio que se había instalado en el Ingenio. Asimismo una herrería que no sólo elaboraba las piezas de hierro para las carretas sino incluso para los distintos instrumentos de trabajo o los moldes necesarios para la fábrica de ladrillos que había logrado montar Heller. Contaba también con talleres textiles (principalmente prendas de vicuña y de lana).

Por supuesto que la principal información que aporta la fuente refiere directamente a la minería. Temas como la productividad de la mina Restauradora (que entre 1860 y 1881 produjo 147.958 quintales de cobre; es decir 6806 toneladas), las características de la nueva técnica de procesamiento del mineral en hornos de reverbero desarrollada por el ingeniero Schickendantz son moneda corriente a lo largo de toda la fuente,¹⁸ aunque son más o menos conocidas a través de distintas publicaciones (Lafone, 1894; Schickendantz, en Lafone, 1999; Lafone Quevedo & Schickendantz, 1881).¹⁹ Menos referencias tenemos acerca de los problemas que debía enfrentar Heller en la cotidianidad del trabajo.

Además de las coyunturas políticas y económicas a nivel local, provincial o nacional, la fuente describe otros puntos conflictivos. En primer lugar, aparece la referencia a las inundaciones que se producen en la mina. En tal sentido, Diego Terril –minero inglés capataz en la mina– informa a Heller, y este a su vez a Lafone, de esta situación que parece ser un problema en especial en los primeros años. En segundo lugar, un tema que se repite a lo largo del tiempo –aunque en algunos momentos especialmente– es el de la falta de agua (sequía) que impacta, por ende, en la disponibilidad de pastos y consecuentemente de mulas. En diciembre de 1866, por ejemplo, Heller escribe

¹⁶ El vino, como señala el propio Lafone en la “Memoria Descriptiva de la Provincia de Catamarca” (Lafone & Schickendantz, 1999), se consumía mayormente en la plaza tucumana, mientras que el aguardiente se vendía a Bolivia.

¹⁷ “Finca. No veo la hora de su llegada, pues es la única cosa con que no ando bien, y a veces me hace rabiar mas que mina é lng° por punto [...] La única cosa buena de la finca es el vino, y este es muy bueno”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 21/12/1866, f. 131 a 134.

¹⁸ “Estoy muy contento con el nuevo sistema de fundición. Con metal bajo sacamos cobre y si Dios quiere verá V. en este mes no en tan pequeña escala considerando el metal”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, Pilciao, 12/11/1865, f. 66.

¹⁹ Una sintética y buena explicación de la nueva técnica desarrollada por Schickendantz puede encontrarse en Furlong (1964, p.62-63). También para consultar las nuevas técnicas de explotación de las vetas (con piques y galerías) que se implantan por esos años véase Espeche (1875).

Seca y Lluvias. La seca está espantosa; aún no quiere llover –no sé que hacer con nuestros animales– ya se acaba el pasto en Loma Bola. Este año hay un gasto extraordinario por pasto y gracias que todavía hay alfás en el Fuerte; en Sta. María no hay nada; apenas agua para beber.

Las mulas que hay son pocas y flacas; de modo que para poco sirven –para llevar cobre no hay tampoco– estaba esperando muchas tropas de Rioja; parte para cobre; parte para metal; pero todas han sido embargadas por el gobierno de allí. En Catamarca también han embargado todas las tropas, alfás é invernadas. Las provincias de Cuyo están revueltas y parece que Córdoba no está bien con el G. Nacional, -qué será el fin de todo esto? No me prometo cosa buena y quién sabe cuando vendrán tropas.²⁰

Aquí, al problema de la seca se suma el conflictivo contexto regional (guerras civiles) en el cual el embargo de animales y pastos eran usuales por aquel entonces. Por otra parte, el fragmento anterior sirve como proyección de lo que serán los años siguientes que dentro de la fuente aparecen como los peores en mucho tiempo. En efecto, son varias las cartas que a lo largo de ese tiempo escribe Heller a Lafone explicando la difícil situación en que se encontraba la empresa:

Metal y mulas. El mes pasado ha sido el peor de que me recuerdo; hemos bajado solamente 16 cajones y mas 25 caj. rechanque son 41 por toda cuenta, cuando el mes de junio nunca es de los malos; pero ha sido un tiempo como nunca de nevadas y temporales. Ahora hace un frío espantoso, hace dos noches que los termómetros de Don Federico han mostrado 9 grados bajo cero en el monte y 3 grados por la mañana bajo el comedor [...]

Siempre quedan algunas mulas, pero como no hay pastos, no pueden trabajar nada. Para cobre ya no hay tropas aquí y estamos amontonando en cancha, pero espero que dentro de poco llegarán los vallistos, que tienen sus mulas gordas, también en Rioja hay mulas gordas.²¹

Es que las mulas eran parte del delicado engranaje de transporte que sostenía la empresa para enviar, en primera instancia, los metales extraídos de Capillitas hasta el ingenio de Pilciao (más de 12 leguas, según Lafone, 1894), aunque también para la circulación del aprovisionamiento necesario para los trabajadores de la mina. Esta cuestión se veía complicada por el sistema de caminos que estaba disponible; aspecto al que también se refiere Heller en sus cartas dando cuenta de cómo, el camino de herradura, debía mantenerse constantemente. La obtención de leña, por su parte, indispensable para la fundición de los metales en los hornos de reverbero aparece también como un serio problema. No

²⁰ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 11/12/1866, f. 127.

²¹ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 9/7/1869, fs. 234 a 239.

sólo por las cantidades necesarias de árboles a talar²² sino también por la mano de obra destinada a tal fin. En el apartado siguiente nos abocaremos, justamente, a este último punto: el de los trabajadores.

Las cartas de Heller y el “problema” de los trabajadores mineros

De lo descripto hasta el momento, y aun teniendo en cuenta –tal como destacan Del-fino et al. 2014– la mecanización del proceso productivo minero que se había desarrollado localmente desde mediados del XIX, es posible suponer que para poner en funcionamiento tanto la explotación de la mina así como el procesamiento y el transporte de los minerales (entre otras cosas), se necesitaba una importante cantidad de trabajadores.²³ Lafone (1894) menciona que en los meses de mayor acarreo sólo el Ingenio de Pilciao contaba con una población de más de 600 “almas”. Cifras parecidas dan otros que visitaron la zona entre 1860 y 1870. Ignacio Rickard, inspector general de minas, por ejemplo, describió que en 1868 en el ingenio trabajaban 555 personas (Rickard, 1869, p.133). El viajero Ross Johnson estimó para esa misma época que Lafone empleaba entre 500 y 600 trabajadores (Ross Johnson, 1868, p.128). En el censo nacional de 1869,²⁴ en la zona urbana del Ingenio (distrito 7º) se registraron 748 personas, mayormente de nacionalidad argentina y oriundos principalmente de las provincias de Catamarca y La Rioja,²⁵ una cifra que es refrendada por el propio Heller cuando refiriéndose a esta estadística escribe en una de sus cartas que en “Pilciao y Los Puestos han salido 800 y no había arrieros”.²⁶

En realidad, como hemos visto, el emprendimiento incluía no sólo a quienes vivían en el ingenio sino también a quienes estaban asentados en zonas rurales y puestos cercanos así como a quienes trabajaban en las minas. Sobre este último punto, en el censo ya citado (distrito urbano del mineral de las Capillitas), se registró una población total de

²² Rojas (2013) estima que se consumían en el Ingenio de Pilciao unas 9390 toneladas al año de forestales (principalmente algarrobo).

²³ Rojas y Wagner (2017) relativizan para la región del oeste riojano y catamarqueño la importancia de la cifra global de trabajadores empleados en el ramo minero en esos años de auge de la actividad en la zona. Aunque acordamos con ellos que el impacto laboral en la mano de obra regional podría haber sido bajo, entendemos que en el caso de la empresa de Lafone la situación puede ser diferente.

²⁴ Archivo General de la Nación (AGN), Primer Censo Nacional Argentino, Año 1869, Catamarca, Andalgalá, Tomos 138 y 139. Disponible en: [<https://www.familysearch.org/search/film/004306905?i=526&c-c=1462401&cat=118747>].

²⁵ Los catamarqueños conformaban poco más del 59% de la población total, mientras que los riojanos un 37%. Lamentablemente esta estadística no detalla los departamentos a los que pertenecían las personas censadas pero, como veremos en una cita más adelante, Heller señala que la mayor parte de los catamarqueños eran de Belén. Un estudio específico sobre el tema es aún necesario.

²⁶ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 2/1/1870, f. 388.

364 personas. No sabemos de esa cifra cuántos trabajaban para la casa Lafone y cuántos para otras empresas que explotaban minerales en la zona. Rickard (1869) registró que 60 personas estaban contratadas propiamente en la mina Restauradora, entre las cuales había 52 trabajadores argentinos (1 despensero, 2 mayordomos, 12 barreteros, 36 ayudantes y 1 cocinero) y 8 trabajadores ingleses (5 mineros de Cornwell, 1 herrero, 1 contador, más el capitán de la mina). Al parecer esta cifra se había incrementado levemente unos años después en tanto Espeche, en su memoria descriptiva de Catamarca, apuntó que en 1873 el personal en la mina se componía de “ochenta obreros del país (mas o menos) incluyendo los mayordomos de cancha, labores, despensa, etc.” y 6 mineros ingleses, incluido el capitán y un herrero de dicha nacionalidad (Espeche, 1875, p.101).

Ahora bien, ¿qué más sabemos de quiénes trabajaban para la empresa Lafone? Las fuentes disponibles suelen traer poca información sobre este tema (por lo general datos estadísticos como los descriptos anteriormente). ¿Qué nos ofrecen, entonces, las cartas de Heller al respecto? En primer lugar, un tema que ocupa mucho espacio en este *corpus* es la referencia a los mineros ingleses que, si bien cuantitativamente no eran muchos o mayoría, tenían un trato favorecido respecto al resto de los trabajadores. Ya teníamos noticia, a través de algunos testigos de la época, no sólo de su contratación sino también de su situación privilegiada.²⁷ Y, en efecto, Heller en sus cartas se refiere a estos mineros con mucho respeto, dando información de sus nombres, apellidos, lugares de origen e insistiendo en la necesidad de contar con ellos para el laboreo de la mina o buscarles reemplazo inmediatamente una vez que el plazo acordado de trabajo se fuera extinguiendo. Inclusive, le recomienda a Lafone –que usualmente se hallaba en Inglaterra– que se encargara de entrevistarlos personalmente para su contratación. Un extracto de la carta del capataz Diego (que Heller reenvía a Lafone) puede ser ilustrativa de lo necesarios que creían eran los mineros ingleses para el buen desarrollo de los trabajos:

²⁷ Al respecto, Ross Johnson escribió: “*in this lonely mountains, far away from any civilization, daily and nightly, deep in the bowels of the earth, work the superintendent of Señor L___’s mine, Captain T___ and six Cornishmen, foremen miners. Since Captain T___ and his countrymen had arrived (I think by way of Chili), some three years back, they had never been five miles from the mines. They were engaged for four years, when they would return to England, or be re-engaged for another term if they wished. I could not restrain my surprise that they were so contented and cheerful. Poor fellows! as they said, ‘working day and night by turns, they had no time to be home sick.’ Of course, they are very highly paid, and have first rate rations of beef, bread, wine, and fruit; and then I remembered that a working miner’s life, generally underground, must be pretty well the same in whatever country he may be living* (Ross Johnson 1868, p.137-138, el destacado es nuestro).

*I cannot get the native miners to agree; to go down in the tunnel; some are willing to go, but think that others are not good enough to go with them [...] I will try to put Trevarthen and Rosevear down there with one of their until the other men arrive here from England.*²⁸

También Heller se preocupa por que les sean pagados los saldos adeudados. Durante el año 1869, insiste tenazmente en sus cartas en que la empresa cumpla con lo acordado:

Pagos a Mineros en Inglaterra. Por el último paquete me ha escrito M. Salthouse que todavía no se había pagado la cuenta de F. Richards £ 59.7.6, el herrero, porque no habían remitido fondos de Montevideo y como nada me dice de los otros saldos de Sicak Bennetts £ 30.3- H. W. Odgars £ 36.- y J. Penny £ 42.- vencidos desde el 1° de diciembre 68.- debo suponer que aún no están pagados. Mucho recomiendo a V. estos pagos, con sus intereses por la demora que solamente les fue arreglado por el primer año. Cada vez que voy a la mina me están reclamando [...] Lo mismo recomiendo el pago de Don Diego.²⁹

Continúa al poco tiempo:

Muy Señor mío.- mucho siento que según carta fecha 20 de Diciembre de Liverpool; todavía no han sido pagados los saldos de los mineros.

Hace ya unos dos y más años que estos saldos debían haber sido arreglados [...] No me parece justo abusar tanto de la bondad de estos hombres, que tienen sus necesidades; tampoco hay que esperar que ellos cumplan con su deber en ésta; cuando sus familias están sufriendo necesidades en Inglaterra. Disculpas y promesas se gastan y yo ya no sé cómo contentar a estos hombres que no reciben sus sueldos atrasados por años.

A esto se agrega que el último venido, Trevarthen, el mejor minero que tenemos; después de no haber pagado por seis meses a su mujer, las £ 7.- que debía recibir todos los meses en Inglaterra del sueldo del marido; aún no han sido pagadas estas £ 42, atrasadas. De qué vivirá esta mujer, que no tiene otra cosa con qué contar y con qué gusto puede trabajar Trevarthen recibiendo quejas de esta clase de su mujer? [...] Puedo esperar de un momento a otro, que se me alcen todos los mineros ingleses para regresar a Cornwall y tienen sobrada razón por no haber cumplido sus contratos. Tendríamos un escándalo en la mina, sin gente para los trabajos más urgentes y con un caso así, no nos vendrían otros; a lo menos no hombres buenos como los que tenemos.

Recomiendo este asunto por ser muy urgente y de mucha importancia para ser atendido sin más pérdida de tiempo.³⁰

²⁸ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 3 al 5/7/1869, f. 227 a 230.

²⁹ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 2/10/1869, f. 304 a 309. El subrayado en original.

³⁰ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 2/1/1870, f. 388.

De estos fragmentos podemos deducir que, al menos localmente, el trabajo de los mineros ingleses era valorado y Heller intentaba –aunque no lo lograba plenamente– mantenerlos satisfechos para que no se “maulearan” (según término que él utiliza en algunos de sus escritos).

A diferencia del tratamiento que reciben en las cartas estos mineros por parte de Heller, el resto de los trabajadores de la empresa (en su mayoría de nacionalidad argentina y oriundos de La Rioja o Catamarca, como ya señalamos) se funden en el anonimato pues rara vez se los nomina con nombre y apellido y en los casos en que se menciona el nombre del trabajador es para dar cuenta de un conflicto puntual con él. Por ejemplo: “El hermano de Benigno, Federico Palacios se ha portado muy mal en la mina, nada menos que ha amenazado a Don Diego con cuchillo, por consiguiente ha salido de la mina y no volverá a oler empleo alguno”.³¹ En términos globales, se los identifica con un tipo de tarea o función dentro del emprendimiento minero: peones, cancha-mineros, barreteros, herreros, arrieros, mayordomos, lavanderas, cocineros, sirvientes y, por lo general, se los menciona como parte del conjunto de problemas, tal vez el más serio, que debe enfrentar la empresa. Uno de los puntos que más aparece a lo largo de la fuente es la referencia a la falta de mano de obra tanto para el laboreo en la mina o en el ingenio, como para el acarreo, la tala de árboles, etc. La frase “hay mucha escasez de gente” se repite sin cesar. Veamos algunos ejemplos:

Por el momento *hay una escasez muy grande de peones* en ambas faenas; pero lo considero esto una consecuencia natural de la paz que recién gozamos en esta provincia después de muchos años. Mucha de nuestra gente se han ido a sus casas, en donde recién después de años están otra vez seguros de tropelías, y del servicio militar; si así se puede llamar las citaciones de tantos gauchos caudillos inservibles y desordenados como V. conoce y ha conocido.

Supongo que muy luego volverán nuestros peones buscando buenos sueldos y las raciones que no las tienen en otra parte. Los peones que se han acostumbrado para trabajar en las minas y en los ingenios, ya no les gusta ocuparse en las haciendas y labranzas.³²

Mientras que V. anda por esos mundos de tantos adelantos y máquinas; no se olvide de ver y averiguar, si hay alguna máquina que nos pueda convenir para cortar, aserrar y rajar leña; sería esta una cosa de muchísima importancia. Teniendo medios para cortar y rajar la leña más pequeña; es probable que no usaremos tanta y además *tendríamos necesidad de menos brazos, que es un punto muy importante en cuanto que casi siempre hay escasez de estos*.³³

³¹ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 21/2/1869, f. 161 a 164. El destacado es nuestro.

³² AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 5/7/1868, f. 146. El destacado es nuestro.

³³ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 23/5/1869, fs. 196 a 202.

La “escasez de gente” para el laboreo minero ha sido ya mencionada y analizada por varios autores, tanto para períodos previos (Estruch, Rodríguez & Becerra, 2011; Rodríguez, 2015; Staricco, 2017) y muy especialmente como para el que aquí se aborda (Sironi, 2013), inclusive para otros espacios (ver Godoy Orellana, 2016 para las minas de Lota, Chile). En el caso de la casa Lafone, Heller –como se observa en el primer fragmento– explica que podría deberse al contexto político conflictivo que acababa de atravesar la provincia que hacía que los pobladores locales, gozando recientemente de la paz, eligieran quedarse finalmente en sus hogares. Du Graty (1858), por su parte, quien recorrió un poco antes (hacia 1855) el territorio de la Confederación argentina, afirmaba que “*Le manque de capitaux et d’ouvriers intelligents a retardé les progrès de l’exploitation de ces importantes mines de cuivre*” (1858, p.135). Es decir, que compartía –en parte– la perspectiva de Heller al señalar la falta de brazos como un elemento que retrasaba el “progreso” de la explotación de las minas de cobre; un problema que parece haberse extendido posteriormente, en especial hacia las dos últimas décadas del siglo XIX. Como señalan varios autores (Bazán, 1996; Campi, 2000, entre otros) y varios testimonios de la época (incluido el del propio Lafone),³⁴ el desarrollo de la industria azucarera, en el ramal salto-jujeño pero particularmente en el tucumano, habría provocado una fuerte migración hacia esos centros industriales desde diversas zonas de la provincia de Catamarca (fundamentalmente del oeste de la misma, en donde se encontraban situadas las minas aquí referidas).³⁵

¿Pero efectivamente era sólo la escasez de brazos la que se tornaba conflictiva a la hora de desplegar los trabajos mineros en Capillitas? Es posible que las coyunturas políticas o el trasvase de población a causa de otras industrias (como la azucarera) pudieran haber causado en algunos momentos la falta de disponibilidad de mano de obra. Pero, de todas maneras, es necesario tener en cuenta otros factores. En tal sentido, una de las claves puede ser lo que apunta du Graty al hablar de la falta de “obreros inteligentes”; es decir, capacitados para desempeñarse en el ramo minero y predispuestos a responder a las demandas de la lógica laboral industrial. Para volver a nuestra fuente, es preciso señalar

³⁴ Lafone Quevedo escribía el 15 de septiembre de 1894 en el diario catamarqueño “El conservador” lo siguiente: “Como era muy natural las industrias de Catamarca, todas empezaron a languidecer. Los ingenios de Tucumán escasos de brazos y que reconocían el valor del peón catamarqueño, dieron principio a ese sistema de enganche que ha despoblado a todo el Oeste de nuestra Provincia. Sin arrieros, sin peones, sin caminos, sin recursos, ¿cómo es posible que prospere industria alguna? (citado en Bazán, 1996, p.280).

³⁵ En el Censo de 1869 se registraron 3.754 catamarqueños en Tucumán; es decir un 3,4% del total de argentinos allí censados, sólo superados levemente por los santiagueños que alcanzaron la cifra de 3789 personas (de la Fuente, 1872). Para el Segundo Censo Nacional (1895), la cifra de catamarqueños se había incrementado y continuaba siendo la más importante; alcanzaba las 16.565 personas (aproximadamente un 8% de los argentinos en Tucumán) mientras que los santiagueños sumaban 12.878 personas (De la Fuente, 1898). El departamento catamarqueño de Andalgala que en 1869 contaba con una población de 7.035 personas, registraba para 1895 sólo unas 6.278.

que a lo largo de la misma Heller va dando señales de que no es sólo la falta de mano de obra lo que lo preocupa sino también las características de los trabajadores:

No hay cosa más escasa que mozos semi decentes como para mayordomos; raro es el que sirva para algo. En la mina estamos malísimos no hay ninguno que le importe el interés de la casa. Cuando V. regrese; no sería demás traer unos dos jóvenes del litoral, allí siempre es fruta abundante. Lo que les gusta a los de aquí; es meterse a gauchos y asociar con los peones.³⁶

Hasta cierto punto no nos conviene por ahora aumentar los trabajos mas que hasta donde alcancemos los recursos del país; pasando estos límites hay que aumentar gastos como ya he dicho que el negocio no puede soportar. Para aumentar estos recursos hay que tocar otros muchos resortes; hay que enseñar a la gente como deben y pueden trabajar y hasta hacerles gastar y crearles necesidades; pues cuando no las tienen, como son flojos, no trabajan. Por ejemplo: la mayor parte de nuestros peones son de Belén y cuando hay allí regular cosecha de maíz no trabaja la gente; sabiendo esto; compro allí todo el maíz que puedo hasta que se pone escaso y caro, con esta medida luego vienen al ingenio para trabajar, comen el maíz y ganan plata.³⁷

Conceptos utilizados por Heller, tales como: clases de gente semi-decente, inservibles, flojos, vagos, ladrones y también inclinados a la bebida, parecen definir a estos trabajadores que, aunque disponibles y cercanos al mineral, no cumplirían ni con las expectativas ni con las características buscadas por la empresa. Se trata, como señalan Delfino et al. (2014), de trabajadores ajenos al sistema capitalista, cuyos ritmos, formas de trabajo y necesidades no se adecuaban a la escala industrial buscada por estos empresarios. En principio, era mano de obra a la que había que captar por diversas vías. Por ejemplo, como señala Heller en el fragmento antes citado, comprando todo el maíz disponible localmente. También, ofreciendo adelantos de dinero o subiendo los sueldos como último recurso:

Mina. Mucha escasez de gente y los mineros nuevos [se refiere a los mineros ingleses] ni noticias desde el 3 que estaban en Córdoba. Cada día hay mas falta de gente en el mineral, el demasiado rigor *nos va a obligar a dar adelantos* y traer gente de otra parte.³⁸

Hay mucha escasez de gente en la mina y *me he visto en la necesidad de subir los sueldos de los cancha mineros hasta diez pesos*. Veremos la noticia que le puedo dar en mi próxima después de mi regreso con la comitiva.³⁹

³⁶ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 9/10/1869, fs. 312 a 314.

³⁷ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 19/2/1870, fs. 442 a 447.

³⁸ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 20/2/1870, fs. 448 a 451. El destacado es nuestro.

³⁹ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 16/3/1870, fs. 467 a 472. El destacado es nuestro.

Incluso, ocultando ciertas condiciones nocivas para la salud de los trabajadores:

Hace dos semanas que fui a la mina con Harleys y *me enfermé seriamente* [...] después he mejorado; pero ayer y hoy no me siento nada bueno. Sufro del estómago y *no sé, si no me he envenenado con los humos de plomo de las calcinas (esto no me atreveré a decir a nadie para no desacreditar el ingenio)*, pero deseo su llegada para irme a Tucumán ó alguna otra parte, para sanar bien y a lo menos ponerme en manos de un médico. Hace bastante tiempo que no gozo de muy buena salud.⁴⁰

Pero, a la vez de captarla, a esta mano de obra había que disciplinarla, tal como ha ocurrido en otros ramos industriales del período (tema que ha sido estudiado profusamente). Sobre este aspecto, a lo largo de la fuente, vamos teniendo cierta información de cómo los trabajadores eran sometidos a un nuevo régimen de trabajo y de vida (un disciplinamiento que intuimos se profundizaría en los siguientes años, cuando ya la empresa y, especialmente, el ingenio de Pilciao con la presencia efectiva de Lafone Quevedo se encontraran en pleno auge).⁴¹ Por ejemplo, a través de la insistencia en la prohibición de las “chupanzas” y del juego en los términos tanto de la mina como del ingenio, así como de la implementación de prácticas punitivas hacia los trabajadores que, por lo general, parecen haber estado a cargo directamente de la empresa.⁴²

⁴⁰ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 11/12/1866, fs. 127 a 130. El destacado es nuestro.

⁴¹ Siguiendo la propuesta de Delfino et al. (2014) es posible pensar en la arquitectura y la disposición espacial del emprendimiento de Lafone, tanto en el mineral como en el ingenio, como otros mecanismos de control y disciplinamiento (más sutiles pero no por eso menos eficaces) de la mano de obra. Si bien en este trabajo pueden encontrarse algunas pistas en el sentido apuntado, un estudio específico sobre el tema es aún necesario.

⁴² Hacemos hincapié en que las cartas de Heller aquí analizadas abarcan los primeros años del desarrollo de la empresa que justamente coinciden con el contexto de guerras civiles en la provincia y, por lo tanto, con un estado aún débil y conflictivo. De ahí que, si bien en algunas ocasiones las prácticas punitivas pudieron estar acompañadas por el accionar de algunas autoridades (jueces partidarios, jueces de paz) mayormente las cartas reflejan cierta desconfianza en las mismas: “La mina Sta. Clara es un estorbo muy grande en el mineral; no trabajan la mina y las casas abrigan jugadores, contrabandistas, ociosos y pícaros; ya tengo dos quejas de Don Diego y no sé que hacer para satisfacer a éste. Con el mal estado de la Provincia no veo modo como hacer nada. No hay pruebas de que venden licor, aunque todo el mundo lo sabe. Allí está la salteña y Moyano y este pícaro vino a desafiar a Hasking y tiró una piedra a Don Diego. Es muy difícil saber qué hacer en estos casos, *“no tengo mucho tiempo que perder en demandas, etc. Si pido al juez hacer traer estos sujetos, yo sé por experiencia que no les harán nada y que dentro de 8 días están sueltos y de nuevo en la Sta. Clara”*. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 8/11/1866, fs. 116 a 119. El destacado es nuestro.

Tenemos al rengo Vallejos y dos mujeres en el cepo por haber traído aguardiente anoche [...] Hoy he botado al rengo, la mujer que tiene y otro peón más por contrabandistas; han estado ayer y toda la noche en el cepo.⁴³

Recordemos que, por aquellos años, se había intensificado la persecución de la ociosidad y la vagancia (asociadas también al alcohol) que fueron equiparadas a conductas delictivas y por ende sujetas a represión policial (Bravo, 2000). Esto, por supuesto, no era nuevo; ya desde el período colonial se había buscado reprimir a “vagamundos y holgazanes” conceptos que, si bien en América se asociaron inicialmente a los “indios”, luego fueron extendiéndose para abarcar a otros sujetos y prácticas (Alonso, Barral, Fradkin & Perri, 2001). Como señala Campi (1993), a partir del siglo XIX y especialmente en la segunda mitad, a través de la conocida “papeleta de conchabo” (documento que certificaba que un individuo se encontraba bajo relación de dependencia), se buscó compeler a la población hacia el trabajo asalariado (permanente o temporario).⁴⁴ Era también una forma de control social no sólo frente a huidas o transgresiones menores; sino que también funcionaba como control en casos de mayor gravedad como el que por ejemplo se había producido en el ingenio Victoria unos años antes. En 1859, a raíz de un conflicto entre el juez partidario de Santa María y el administrador del ingenio, éste último había logrado movilizar a los “dependientes y peones de la empresa” a su favor y producir un “motín” que había puesto en vilo la tranquilidad del pueblo e, incluso, la vida del juez. No podemos detenernos en los detalles del expediente que merecerían un análisis exclusivo, sólo nos interesa resaltar el modo en que la papeleta constituía un mecanismo de control. Al respecto, una vez restablecida la calma en Santa María, el Comandante en Jefe que había intervenido en el asunto ordenó “a don Emilio Quevedo [tío de Samuel Lafone Quevedo y una suerte de apoderado] y sus mayordomos que *no me dejen venir un solo hombre sin la correspondiente papeleta que exprese su licencia*, la que será presentada a esta Comandancia”.⁴⁵

⁴³ AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 12/12/1869, fs. 372 a 375.

⁴⁴ Si bien en Catamarca ya se utilizaba por aquellos años la papeleta, en 1878 se sancionó en la provincia el Código Rural que, al igual que en otros espacios, constituyó uno de los elementos del marco jurídico a partir del cual se regularon parte de las relaciones laborales entre “patrones” y “peones” rurales. Uno de los títulos fundamentales del Código era el de “Libretas y Papeletas” en el que se establecía la obligación del peón de proveerse de tales documentos y cumplimentar todos los puntos que allí se determinaban. También bajo dicho título se reglamentaba que cada peón no debía estar más de diez días sin conchabarse, pudiendo ser castigado de no hacerlo (Código Rural de la Provincia de Catamarca 1878). Aunque un estudio específico es necesario, es posible encuadrar dentro de ese marco las dinámicas laborales del emprendimiento de Lafone.

⁴⁵ Archivo Histórico de Catamarca, Causas Criminales, Paquete 12, Exp.1737, Año 1859 “Contra varios individuos de Santa María por desorden público en aquella localidad”, f. 22. El destacado es nuestro.

En definitiva, como para otros espacios cercanos (incluso en la provincia de Tucumán),⁴⁶ Heller enfatiza la falta de mano de obra a lo largo de toda la fuente. Aunque probablemente para ciertos momentos fuera objetiva la merma en la disponibilidad de brazos para el trabajo minero (ya sea por coyunturas políticas determinadas, por migración interna, etc.), también es cierto –como vimos– que su percepción acerca de la mano de obra está permeada por prejuicios que visualizan a un conjunto de trabajadores locales poco adecuados para la explotación minera y el “adelanto” de la provincia y el país. Como argumentaremos a continuación, creemos que esos prejuicios se basaban no sólo en la falta de adecuación de una masa de trabajadores poco acostumbrados al laboreo minero de ritmo industrial sino también en el peso de las diferenciaciones étnicas heredadas de tiempos coloniales que, a pesar de haber sido abolidas formalmente, seguían vigentes y se renovaban en pleno siglo XIX, sustentando –paradójicamente– el impulso hacia el “progreso”.

Repensando el “problema” de los trabajadores: las cartas de Heller a la luz de otras fuentes de la época

Las cartas inéditas de Heller, como hemos visto en una pequeña muestra aquí, nos permiten caracterizar el emprendimiento minero de Lafone para empezar a vislumbrar la cotidianidad del trabajo y de las relaciones socio-laborales en su interior. En ellas quedan plasmados también algunos de los desafíos que debieron enfrentar estos empresarios, como el tan mencionado tema de la falta de mano de obra. Más allá de cuán objetivo pudo haber sido este problema, hemos notado que Heller en sus escritos deja entrever el modo en que percibe a los trabajadores: valorando a los mineros ingleses tanto por su experiencia en el ramo como por su “clase de gente decente” y desestimando a los locales por atributos que les serían inherentes (vagancia, alcoholismo, delincuencia). Estos atributos o marcas, como afirman Alonso, Barral, Fradkin y Perri (2001), no tienen para la época una estricta correlación étnica sino que parecerían adquirir una connotación más bien clasista, aunque –como estos mismos autores apuntan– “la impronta étnica no desaparece por completo y se mantiene en la práctica judicial y policial” (2001, p.201).

En efecto, si bien Heller no asocia explícitamente dichas características a una dimensión étnica concreta, el recorrido por otras fuentes del período nos permite hipotetizar que quienes conformaban la mano de obra local disponible para el trabajo minero eran considerados socialmente (aunque también ambiguamente) como “indígenas” y de ahí el peso tan fuerte de las categorías estigmatizantes utilizadas. No ahondaremos aquí en

⁴⁶ Campi (1993) señala que a pesar de la alta densidad demográfica de Tucumán hacia la segunda mitad del siglo XIX y de los aportes de la migración interna (aquí mencionados), eran constantes las quejas de industriales y plantadores acerca de la “falta de brazos”.

esta cuestión que merecería un estudio en sí mismo y que hemos abordado en otro trabajo (Rodríguez, 2016), sólo tomaremos algunos ejemplos para ilustrar el punto. En tal sentido, el naturalista inglés –Ernest White– que recorrió la zona en la década de 1880 publicó en su libro lo siguiente:

I have heard and admired the singing in our cathedrals at home, but never have I listened to such delightful harmony, perfect time and tune, as issued from these infant half-Indian throats at Pilciao. Tiny ragamuffins of six or seven years of age, who have never worn a shoe, and whose naked bodies, scarce covered with a tattered shirt, revealed the dusky skin through numerous fluttering rents, are trained to take their parts, and can not only read Mendelsohn, Beethoven and Mozart, but warble them to perfection (1881, p.208, el destacado es nuestro).

Eric Boman, que había conocido personalmente Pilciao, también escribió al respecto: “*Il [don Samuel] avait organisé et enseigné lui-même un chœur d’une vingtaine de petits Indiens, qui chantaient fort bien* (1922, p.206, el destacado es nuestro). El propio Lafone Quevedo, en su famoso libro “Londres y Catamarca”, menciona que “Pilciao es una aldea de 400 á 600 almas según la estación, y llena de *familias indígenas* de toda la comarca de la antigua jurisdicción de Londres” (1888, p.110, el destacado es nuestro). En ese libro, otras referencias conectarán más sutilmente a los pobladores locales con la dimensión étnica, aunque también con el pasado:

por muchos años las chozas en que vivieron los mineros, peones y patronos, en nada se diferenciaba de las ratoneras en que acostumbraban vivir los descendientes de los Calchaquíes, y que, como dijimos ántes, mas bien eran harrereros que casas; pero en estos últimos años se ha levantado la Placilla de San Manuel, al pié del cerro de las Capillitas, no muy léjos de los hornillos ya citados, y en la mejor de las casas del lugar entré á descansar (1888, p.54).

De tal modo, como señalan Delfino et al. (2014), ese tipo de viviendas (“chozas”, “ranchos”) se asocian a una pertenencia étnica determinada (descendientes de los Calchaquíes) y, a la vez, se contrastan con los nuevos conjuntos arquitectónicos implantados por la empresa a las que, según estos autores, se las llama en las fuentes como “habitaciones”, “viviendas decentes” o directamente “casas”, tal como se observa en el fragmento transcrito.

Lo interesante a notar es que la marcación étnica de aquellos trabajadores siguió reproduciéndose a lo largo del tiempo. Guillermo Furlong (1964), que escribió un libro sobre la vida de Lafone Quevedo, compara constantemente el emprendimiento de Pilciao con las reducciones jesuíticas de guaraníes; a nuestro entender, no sólo por las características “civilizatorias” y “misionales” que le asigna al proyecto minero de Lafone, sino también por el carácter que él entiende tenían quienes allí vivían y trabajaban:

Pilciao fue un remedo de La Candelaria, de Corpus o de Yapeyú, aunque con diferencias manifiestas, ya que Pilciao eran ante todo un negocio, y sólo en segundo término un servicio, mientras que las Reducciones eran primordialmente un servicio [...] Pero había grandes analogías: la felicidad personal y colectiva, el trabajo amado, el arte en sus expresiones más nobles. Cinco días de labor en torno a un hombre querido y amado [...] Durante cinco días se trabajaba tesoneramente, aunque con la cachaza ingénita de aquellas gentes, situadas en el linde entre la civilización y la barbarie. Sólo dos o tres por ciento de aquellos obreros llevaban en sus venas sangre puramente europea, y la bebida en los antepasados de esas gentes había desatado sobre muchas de ellas el flagelo de una evidente y penosísima degeneración (Furlong, 1964, p.15).⁴⁷

A esta percepción etnicizada (directa o sugerida) de los trabajadores que parece hundir sus raíces en épocas coloniales, se agrega el lugar que habría ocupado el personal jerárquico de la empresa y, especialmente, de la figura de Lafone. En varias fuentes del período Lafone es descrito como un señor,⁴⁸ un “gentleman”, que desde su comfortable asiento de El Pilciao dominaba con rectitud y celo su pequeño “imperio” y a sus trabajadores:

The huge, flat-roofed, deeply-verandahered, comfortable-looking house was so placed that from it could be observed all the different workshops, etc. In the verandah, eager to welcome the “patron” and his guests, stood several gentlemen, the superintendent and chemist (Germans), and several Italian, Spanish, and Argentines, all in responsible positions about the works (Ross Johnson, 1868, p.129-30).

También, desde allí, los disciplinaba; en especial a los hijos de los peones a través de la institución escolar y la eclesiástica que él mismo había erigido al interior del ingenio (en el centro mismo de todas las instalaciones), de las denominadas Conferencias⁴⁹ así

⁴⁷ Puede agregarse que Furlong se refiere al padre Cabrera, que de niño había vivido en el ingenio, como “uno de los indiecitos de su coro [de Lafone Quevedo]” (Furlong, 1965, p.20). Una representación que es repetida por Márquez Miranda: “Nada tiene, pues, de extraño que don Samuel se dedicara allí, con encendido ahínco, a formar una banda, compuesta con los indiecitos en quienes el patrón encontraba predisposición” (1958, p.132).

⁴⁸ *A l'industrie minière, Samuel A. Lafone Quevedo ajoute de vastes vignobles à Andagalá et devint le grand seigneur et l'homme le plus riche de toute la contrée* (Boman, 1922, p.205). El destacado es nuestro.

⁴⁹ Cabrera explica que así se llamaban las reuniones que se hacían todos los domingos en la iglesia a las que debía concurrir toda la población y en las que varios niños del ingenio recitaban cuentos aprendidos durante la semana, cantaban en el coro que el mismo Lafone preparaba y cuyo repertorio era seleccionado por él personalmente. También designaba a un muchacho para que leyera una parte del Evangelio que luego él explicaba a los oyentes. La reunión finalizaba con la narración de un cuento de “Viejas, del Chiquillo o de las Mil y una Noches” por parte de Lafone (Cabrera 1943, p.12-15).

también como con pequeños gestos y acciones cotidianas. Una anécdota de la niñez del padre Cabrera sirve como ilustración:

Toda oportunidad que se presentaba, era aprovechada por don Samuel para impartir útiles enseñanza [...] Un día, ya muy tarde encontrándome con don Samuel en Andalgalá, debíamos regresar a Pilciao, a caballo. En el momento que estaba yo preparando las alforjas, se fijó en una botellita vacía [...] De las mismas tenía en Pilciao muchísimas. Al verla, me dice:

- Pedrito, ponga esa botellita en las alforjas.

Yo ...no la puse en la alforja como se me ordenó. Al parecer él se dio cuenta, pero no me dijo nada. Cuando nos hallábamos a más de la mitad del camino (dos leguas y media más o menos), y ya casi a la oración, me dice:

- ¿Pusiste la botellita aquella?

Yo me asusté, pero no podía ni debía mentir.

- No, señor, - le contesté.

- ¿Y por qué?

Como no supe qué decir, me ordenó secamente.

- Vuélvase a Andalgalá y tráigame la botella, - y siguió viaje.

No era hombre de rectificar una orden. Me volví con un disgusto mayúsculo, y como a las doce de la noche, cuando llegué, me llamó y sin violencia y con toda calma me dijo:

- Mira, Pedro, no es que me haga falta esta botella; lo que quiero, es que aprendas a obedecer (Cabrera, 1943, p.26).

Podríamos enmarcar las relaciones entabladas por Lafone con los trabajadores dentro de lo que se ha denominado como "paternalismo industrial", definido como "un conjunto de mecanismos de control destinados a cubrir una serie de demandas sociales de los trabajadores, a saber, vivienda, salud, educación de los infantes, entretención y algunos aspectos de la sociabilidad, utilizados por las empresas para adaptar a sus operarios a las demandas al interior de las villas o poblados diseñados para su permanencia en las cercanías de las labores fabriles o extractivas, asegurando de esta forma la existencia de mano de obra segura y altamente adiestrada" (Godoy Orellana, 2015, p.119). Es decir, el vínculo personal (no regido por una estricta lógica del mercado y semejante al de un padre de una "gran familia industrial")⁵⁰ que con el tiempo parece haber desarrollado Lafone para con los trabajadores y que se refleja en la forma en que algunos de ellos lo representaron⁵¹

⁵⁰ Al respecto véase el trabajo de Lupano (2009).

⁵¹ El ya mencionado padre Cabrera nos ofrece varias imágenes en ese sentido. Por ejemplo, cada año cuando Lafone llevaba a Andalgalá a "su" coro de niños (también conocidos como los "niños de don Samuel") para Semana Santa, se encargaba de abastecerlos de comida y se involucraba en los más mínimos detalles. Así

pudo estar asociado a la voluntad de modelarlos bajo los preceptos productivos de la empresa (aunque también de aquellos valores morales de la época). Como señala Venegas Valdebenito (2014), el paternalismo se complementa con el disciplinamiento en tanto desde esa asociación es posible controlar a las personas en diferentes dimensiones (vigilancia en los espacios y tiempos de trabajo así como también en los extra-laborales; es decir en los ámbitos propios de la sociabilidad, el ocio y las celebraciones)⁵² y también tiene como objetivo atenuar los conflictos resultantes de los efectos más radicales de la proletarización.

Asimismo es posible comprender el rol de Lafone en el marco de los preceptos de la religión católica que había adoptado con fervor.⁵³ Si bien anterior a lo que se ha denominado como “catolicismo social”,⁵⁴ la insistencia de Lafone en inculcar la moral cristiana podría asemejarse a dicho modelo. En su caso, este proceder le habría permitido tanto atender la “cuestión social” así como contrarrestar su origen protestante dando muestras contundentes de su fé católica.⁵⁵

En definitiva y para volver a la argumentación inicial de este apartado en torno a la forma en que Heller caracteriza a los trabajadores, podríamos proponer que el paternalismo

recordaba Cabrera dicho momento: “El día anterior a la ida, mandaba una cocinera con todo lo necesario para atender a los muchachos. Cuando la comida estaba más o menos en su punto, *nuestro viejito* solía probarla, y si no la encontraba a su paladar, llamaba la atención a la cocinera por la deficiencia notada” (Cabrera 1943, p.16, el destacado es nuestro).

⁵² Una constante a lo largo de las cartas que escribe Heller es la referencia al carnaval y a los efectos nocivos que traía para el trabajo. La siguiente frase es elocuente en dicho sentido: “Mala época para recibir visitas; pero estoy ya preparado de antemano; lo peor es por cocinero y sirvientes que *todavía andarán con el carnaval en la cabeza*. [...] *En cuanto a trabajo por supuesto nada; tambor vidalita es lo que hay*”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 27/2/1870, fs. 452 a 455.

⁵³ Furlong, a partir de la lectura del diario íntimo de Lafone, explica que siendo su padre protestante y su madre católica, durante buena parte de su vida la relación con esta religión había sido fluctuante. Sin embargo, a partir del fallecimiento del padre (1871), se produjo el acercamiento a la iglesia católica. Boman agrega que fue específicamente en 1874, en el marco de una crisis de negocios resultado de un proceso judicial, que Lafone se vinculó definitivamente al cristianismo cuando la Virgen del Valle –casi milagrosamente– hizo que conservara su fortuna. En palabras de Lafone: “En mi angustia, ocurrió a Nuestra Señora del Valle [...] con una promesa y en ella deposité mi desesperación. Por pronto milagro me dispensó esa tranquilidad que me hizo sobrellevar nueve años de duda y zozobra” (Documento conservado en la Curia de Catamarca, citado en Boman, 1922, p.206).

⁵⁴ “El catolicismo social promovía la imagen de ‘*buen patrón*’ idealizando el componente patriarcal en la función empresaria que, como contrapartida, debía corresponderse con la fidelidad y el afecto de los trabajadores” (Bravo, 2000, p.42). Según esta autora, su origen se remontaba a la encíclica *Rerum Novarum* de 1891 que ponía en cuestión la indiferencia frente a la situación de los trabajadores.

⁵⁵ En las cartas de Heller hay algunas referencias acerca de cómo era percibido Lafone localmente por aquellos años: “la última es que dice el clérigo Delgado que Don Manuel por ser amigo de V. es protestante”. AHT, Juan Heller. Cartas del Libro Copiador, 19/4/1869, fs. 189 a 192.

de Lafone (según las características que hemos descrito) también puede tener vinculación o, incluso, encontrar explicación en el modo étnicamente marcado en que aquellos eran percibidos en la época. Después de todo, como señala Álvarez (2009), los "indios" habían sido considerados como menores durante el período colonial; es decir personas (niños) aquejadas de una limitación de la razón humana que requerían, por lo tanto, de una tutela para encauzarse. En el caso de la empresa Lafone esta tutela habría estado, según las épocas, en manos del personal jerárquico (Heller, Schickendantz) pero fundamentalmente en las del *pater familiae*, don Samuel.

Reflexiones finales

La fuente central aquí enfocada –poco utilizada hasta el momento– confirma algunos datos ya conocidos y aporta nuevas referencias sobre la minería en el oeste de Catamarca en la segunda mitad del siglo XIX; en especial por el formato mismo de la fuente: cartas que supuestamente serían leídas sólo por el destinatario de las mismas. Así, aún desde una perspectiva sesgada, nos permite adentrarnos en la cotidianidad de la empresa minera de la casa Lafone en los primeros años en que se puso en funcionamiento. En sus reportes habituales, Heller –entre otros muchos temas sobre los cuales es posible aún profundizar– va describiendo el mundo del trabajo en su trajinar diario, lo que él considera pequeñas victorias así como los avatares a enfrentar. Entre estos últimos se destaca en la fuente la insistencia en el problema de la "escasez de brazos" y las estrategias que despliega a fin de captar y disciplinar a la mano de obra, aspectos sobre los que hemos hecho foco aquí.

También, en las cartas va dejando colar sus percepciones y prejuicios en torno a los trabajadores, a quienes ordena y representa en una estricta jerarquía: los mineros ingleses en la cima y luego los peones con sus diferentes responsabilidades y el personal de servicio; todos estos últimos inclinados a la bebida y poco propensos al trabajo, según su mirada. De ahí que, a la luz de un breve análisis sobre los datos estadísticos disponibles, interpretáramos que tal vez el problema no fuera exclusivamente la falta de trabajadores sino la poca adecuación al ritmo y las formas de trabajo esperados por el administrador de la empresa.

Cabe destacar que las caracterizaciones que hace Heller de los trabajadores no son excepcionales en la época (aunque sí las vemos funcionando excepcionalmente aquí con todo su potencial al constituirse prácticamente en la justificación del modo en que aquellos debían ser disciplinados). Un recorrido por otras fuentes del período nos permitió contextualizar sus escritos para afirmar no sólo que sus percepciones eran generalizadas por aquellos años, sino también proponer que las mismas podrían basarse en una diferenciación étnicamente marcada, aun cuando esto no se exprese directamente. El propio Lafone es quien en varios de sus textos tipifica a los trabajadores de su empresa como "indígenas", pudiendo entonces enmarcar el "paternalismo industrial" que parece caracterizarlo no sólo

como parte de un problema social o de clase, sino también como un problema étnico que si bien muchas veces solapado bajo el discurso de la igualdad y el progreso seguía en vigencia desde tiempos coloniales.

Es que el “progreso” fue un recurso discursivo efectivo que permitió enmascarar antiguas desigualdades (e incluso cimentarlas en el nuevo contexto) pero que no implicó una ruptura abrupta ni se tradujo completamente en las prácticas. Como proponen Delfino et al. (2014), proyectos como el de la casa Lafone, diseñados como “verdaderas misiones civilizadoras” que implementaron nuevas tecnologías y formas de trabajo, no sólo convivieron con antiguas y denostadas tecnologías y formas de habitar el paisaje sino que podrían haberse servido de ellas para alimentar la cadena productiva de las grandes empresas. Una estrategia de doble filo para los empresarios en tanto posibilitaba el mantenimiento de antiguos modos de vida campesina y, por ende, una posible vía de escape a la captación y al disciplinamiento industrial.

En síntesis, la ventana abierta por las cartas de Heller a la cotidianidad de un emprendimiento minero específico y su vinculación a otras fuentes del período, nos ha permitido reflexionar acerca de diferentes aristas relativas al “problema” de la mano de obra en la segunda mitad del siglo XIX. Por supuesto aún quedan temas para profundizar; en especial aquellos que refieren a los modos en que estos trabajadores vivieron estos procesos y disputaron espacios y sentidos en el ámbito del trabajo. Sin dudas para ello habrá que “catear” nuevas fuentes o “explotar” de otras formas aquellas ya conocidas a fin de acercarnos desde perspectivas alternativas a la minería decimonónica del oeste catamarqueño y al mundo laboral de aquel período.

Fuentes inéditas

AHT Archivo Histórico de Tucumán

Referencias citadas

- Alderete, M. (2004). El distrito Capillitas. En E. Lavandaio y E. Catalano *Historia de la minería argentina*, Tomo 2, pp. 47-60. Buenos Aires, Argentina: SEGEMAR.
- Alonso, F., Barral, M. E., Fradkin, R. & Perri, G. (2001). Los vagos de la campaña bonaerense. La construcción histórica de una figura delictiva (1730-1830). *Prohistoria* 5, 171-202.
- Álvarez, L. (2009). La cuestión indígena en Argentina: de la efectividad a los contextos de producción. *Perfiles Latinoamericanos* 34, 87-110.
- Bazán, A. (1996). *Historia de Catamarca*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Plus Ultra.
- Boixadós, R. & Rodríguez, L. B. (2016). Una hacienda en jaque: el Mayorazgo de Huasán y los desafíos de las transformaciones del siglo XIX (Catamarca y Tucumán, Argentina). Primeras

- indagaciones en diálogo con la casuística mexicana. En *Seminario Internacional: Lo agrario y la irrupción del capitalismo en Argentina y México, Siglos XIX y XX*, Universidad Nacional de La Plata.
- Boman, E. (1922). Samuel Alejandro Lafone Quevedo. *Journal de la Société des Américanistes*. T. 14-15, pp. 205-213.
- Bonaudo, M. (1999). A modo de prólogo. En Bonaudo, M. (Dir.) *Nueva Historia argentina*, Tomo IV, pp. 11-26. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Bravo, M.C. (2000). Liberales, socialistas, Iglesia y patronos frente a la cuestión de los trabajadores en Tucumán. En Suriano, J. (Comp.) *La cuestión social en Argentina, 1870/1943*, (pp. 31-61). Buenos Aires, Argentina: La Colmena.
- Cabrera, P. (1943). *Apuntes sobre la vida íntima del sabio Samuel A. Lafone Quevedo*. Buenos Aires, Argentina: Escuela Gráfica del Colegio Pío IX.
- Campi, D. (1993). Captación forzada de mano de obra y trabajo asalariado en Tucumán, 1856-1896. *Anuario del IEHS VIII*, pp. 47-71.
- Campi, D. (2000). Economía y sociedad en las provincias del Norte. En M. Lobato (Dir.), *Nueva Historia argentina*, Tomo V, pp. 73-118. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Campi, D. & Richard-Jorba R. (2004). Transformaciones productivas, espaciales y sociales en la Argentina extrapampeana. Tucumán y Mendoza entre 1850 y 1890. *Boletín americanista* 54, 35-62.
- Catalano, E. (2004). Antecedentes y estructura histórica de la minería argentina. En E. Lavandaio & E. Catalano *Historia de la minería argentina*, Tomo 1, pp. 1-176. Buenos Aires, Argentina: SEGEMAR.
- Código Rural de la Provincia de Catamarca (1878). Sancionado el 8 de enero de 1878. Segunda edición oficial, corregida y aumentada. Catamarca, Argentina: Imprenta del Estado.
- De la Fuente, D. (1872). *Primer Censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de Setiembre de 1869*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta del Porvenir.
- De la Fuente, D. (1898). *Segundo Censo de la República Argentina. Mayo de 1895*. Tomo II Población. Buenos Aires, Argentina: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- Delfino, D.; Dupuy S. & Quesada M. (2014). El ciclo del cobre en Minas Capillitas (provincia de Catamarca, Argentina) en la segunda mitad del siglo XIX: tensiones entre lógicas productivas, escalas tecnológicas y unidades sociales. *Estudios Atacameños* 48, 119-140.
- De Moussy, M. (1860). *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, Tomo II. Paris: F. Didot Frères.
- Du Graty, A. (1858). *La Confédération argentine*. Paris: Guillaumin et Cie. Editeurs.
- Espeche, F. (1875). *La provincia de Catamarca*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta Biedma.
- Estruch, D., Rodríguez, L. & Becerra, M. F. (2011). Jurisdicciones mineras en tensión. El impacto de la minería en la puna jujeña y en el valle de Yocavil durante el período colonial (siglos XVII y XVIII). *Histórica* 2, 69-100.

- Farro, M. (2013). Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX". *Revista de Indias* 73(258), 525-552.
- Furlong, G. (1964). *Samuel A. Lafone Quevedo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Culturales Argentinas.
- Godoy Orellana, M. (2015). Las casas de la empresa: paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile. Lota, 1900-1950. *Universum* 30, 115-136.
- Godoy Orellana, M. (2016). Paternalismo industrial y disciplinamiento cultural en el mundo festivo de las ciudades carboníferas chilenas: Lota, 1920-1950. *Atenea* 514, 31-48.
- González, L. (2014). Minería en Capillitas, Catamarca. Ingenios transhumantes y combustibles en el valle de Yocavil (mediados del siglo XIX). En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica*, editado por E. Rodríguez Leirado y D. Schávelzon. Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires (CD ROM).
- Haber, A. & D. Delfino (1995-1996). Samuel Lafone Quevedo and the construction of archaeology in Argentina. *Revista de História da Arte e Arqueologia* 2, 31-43.
- Lafone Quevedo, S. (1888). *Londres y Catamarca*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta y Librería Mayo.
- Lafone Quevedo, S. (2010) [1894]. Relación histórico-descriptiva del mineral de las Capillitas y de sus injenios en Andalgalá. En Caro, R. *Escritos económicos*, (pp. 132-143). Catamarca, Argentina: Universidad Nacional de Catamarca.
- Lafone Quevedo, S. (1898). *Tesoro de Catamarqueñismos. Nombres de lugar y apellidos indios, con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos.
- Lafone Quevedo, S. y F. Schickendantz (1999) [1881]. *Memoria descriptiva de la provincia de Catamarca (1881)*. Catamarca, Argentina: Universidad Nacional de Catamarca.
- Larrouy, A. y M. Soria (1921). *Autonomía Catamarqueña. Homenaje en su primer centenario*. Buenos Aires: Imprenta D'Amico Hermanos y Talleres Gráficos Peuser.
- Lupano, M. M. (2009). *La Gran Familia Industrial. Espacio urbano, prácticas sociales e ideología (1870-1945)*. Buenos Aires, Argentina: Santiago Arcos Editor.
- Mariani, A. (2009). *La familia y empresas de Samuel Fisher Lafone, 1805 1871*. En *Actas de las VI Jornadas de Investigación en Historia Económica*. [www.audhe.org.uy/sextas_jornadas/Samuel_Fisher_Lafone_1.doc] (Recuperado el 14 de abril de 2012).
- Márquez Miranda, F. (1958). Lafone-Quevedo, el arqueólogo educador. *Trabajos y Comunicaciones* 7, 127-134.
- Peña de Bascary, S. (1976). Un marino danés en la aventura de El Pilciao. *La Gaceta*, Tucumán, Suplemento Literario, 22 de febrero de 1976.
- Peña de Bascary, S. (1978). Lafone: Gentleman, minero, arqueólogo. *La Gaceta*, Tucumán, Suplemento Literario, 9 de Enero de 1978.

- Peña de Bascary, S. (1980). El temperamental Federico Schickendantz. *La Gaceta*, Tucumán, Suplemento Literario, 18 de mayo de 1980.
- Peña de Bascary, S. (2014). Federico Schickendantz. Un científico investigador y vehemente. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán* 14, 86-124.
- Rickard, I. (1869). *Informe sobre los distritos minerales, minas y establecimientos de la República Argentina en 1868-69*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta, litografía y fundición de tipos a vapor.
- Rodríguez, L. B. (2015). Explotaciones mineras intermitentes y promesas permanentes de riqueza. Descubrimientos, redescubrimientos y "ordenamientos" al sur del Valle Calchaquí, fines del siglo XVII-mediados del XIX. *Población y Sociedad* 22(1), 61-91.
- Rodríguez, L. B. (2016). Los indígenas de Tucumán y Catamarca durante el período republicano. Buscando sus rastros en expedientes judiciales del siglo XIX. *Historia y Justicia* 7, 67-94.
- Rojas, F. (2013). Rol de la minería y el ferrocarril en el desmonte del oeste riojano y catamarqueño (Argentina) en el período 1851-1942. *Población y Sociedad* 20(1), 5-39.
- Rojas, F. & Wagner, L. (2017). "Desarrollos" fallidos en la minería histórica. Famatina y Capillitas, apuntes para pensar el presente socioambiental. *Trabajo y Sociedad* 28, 281-307.
- Romero, J. L. (1993). *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Huemul.
- Ross Johnson, H. (1868). *A long vacation in the Argentine Alps: or where to settle in the River Plate States*. London, England: R. Bentley.
- Salvatierra, E. (1965). Una explotación minera transhumante. *Actas del Primer Congreso de Historia de Catamarca*. Tomo Segundo, pp. 199-202. Catamarca, Argentina: Junta de Estudios Históricos de Catamarca.
- Sironi, O. (2013). El impacto de los medios de producción minera en los Paramillos de Uspallata (Mendoza, Argentina): Un acercamiento histórico en la larga duración (siglos XVII-XIX). *Revista de historia americana y argentina*, 48(1), 00. [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2314-15492013000100002&lng=es&tlng=es] (Recuperado el 16 de marzo de 2017).
- Staricco, M. V. (2017). *La visita de Victorino Rodríguez. Un estudio sobre el entramado de relaciones en la minería de Famatina (La Rioja) a finales del período colonial* (Tesis de grado) Departamento de Ciencias Antropológicas, Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Venegas Valdebenito, H. (2014). Paternalismo industrial y control social. Las experiencias disciplinadoras en la minería del carbón en Chile, Lota y Coronel en la primera mitad del siglo XX. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea]. [<http://journals.openedition.org/alhim/5099>] (Recuperado el 11 enero de 2018).
- White, Ernest W. (1881). *Cameos from the Silver Land, or the experiences of a young naturalist in the Argentine Republic*. London, England: John van Voorst.

